

diante las actuales organizaciones financieras que son demasiado inspiradas a intereses de grupo. Precisa establecer una organización financiera internacional, que esté por encima de cualquier peligro de burocratismo y de rutina, perfectamente descentralizada a pesar de su funcionamiento mundial, y que sea capaz de movilizar con la rapidez del rayo al ahorro mundial y encauzarlo automáticamente hacia las empresas e inversiones más útiles para el individuo y para la sociedad.

A las personas que nos tachen de utopistas, constestamos sencillamente que no puede ser utópica la realización de una necesidad imperiosa. La producción actual necesita de mercados remunerativos, y éstos pueden ser creados sólo con la racional distribución de los capitales. Se trata sólo de un problema *técnico*, esencialmente financiero. Cuando un problema filosófico o social se presenta en una forma científica, técnica, su solución es relativamente muy fácil. El justo precio del trabajo y del capital es, en sí, un problema filosófico; si nos concentramos en la abstracción filosófica se puede llegar a las conclusiones más fantásticas, por mucho que parezcan sabias. Pero la técnica financiera nos demuestra que la cesantía puede ser eliminada y el precio del trabajo puede aumentarse considerablemente, hasta niveles que están mucho más allá de las más exaltadas aspiraciones obreras; nos puede demostrar también que el costo de la vida es destinado a disminuir considerablemente, a la par de los precios de costo, lo que significa que los salarios reales (en productos), pueden ser aumentados enormemente; en fin, que el precio del capital es susceptible de grandes reducciones, y que la función capitalista puede ser, y lo será en un futuro muy próximo, desempeñada por todas las clases, profesiones e individuos.

Dejemos de buscar en la política, en la filosofía y en la legislación parlamentaria la salvación de la economía mundial; sólo la técnica financiera puede constituir la palanca que levante el mundo y lo impulse hacia nuevos rumbos, porque sólo esta técnica es capaz de movilizar todas las fuerzas productivas y creadoras del mundo.—MARIO ANTONIOLETTI.

## PAUL VALERY Y LA CRISIS DEL ESPIRITU

**V**ALERY apunta que una circunstancia excepcional hizo el genio de Baudelaire; la feliz reunión de su temperamento de poeta y de su sentido crítico, sensibilidad e imaginación unidas a una vasta curiosidad intelectual. Rara vez se ha confesado con más precisión un hombre mientras estudia a otro. Abs-

tracto, sensual, extraordinariamente fino y sutil, Valéry une al brillo de la metáfora una aguda penetración analítica. Una especie de necesidad de espacio, de amplitud de vista lo lleva por sobre el campo necesariamente limitado de la crítica literaria corriente. En el ensayo es donde su cerebro, excitado, minuto a minuto, puede abarcar los problemas grandes y dar a los pequeños un valor de trascendencia. Por un lado anhela el espacio sin horizontes de la física moderna que le surte constantemente de imágenes, por otro lado siéntese también en terreno propio escrutando el laberinto de la producción literaria, la incubación de una idea, de un libro, de un poema, desde los titubeos confusos del artista hasta el desarrollo y la construcción definitiva. En esta labor el poeta se vale de la imagen sideral para expresar la intuición más vaga, las relaciones más oscuras del pensamiento y la palabra, para ir desmontando, poco a poco, la facultad creadora, ver en ella las modalidades individuales imperceptibles y las proporciones en que entran en la obra definitiva. Las observa con lucidez extraordinaria, las junta y las separa con minuciosidad de artífice renacentista que crea a su vez. Casi nunca tiene importancia para él la obra misma, o sólo tiene la importancia de un pretexto. Lo verdaderamente interesante es la gestación, la obra en acción; a la observación del hecho estable él ha sustituido también el estudio del movimiento, y si ha pedido a la física y a la geometría sus mejores símiles, de ellas también ha tomado el método y la manera de construir. El pensamiento preciso bien definido. (Conocido es el horror de Valéry por las palabras que no tienen un sentido bien concreto). Como un material que tiene su función en el edificio de una teoría.

Por eso el problema de la cultura, su distribución en el globo y su evolución a través del tiempo, toma para él la forma de vasos comunicantes con leyes deliciosamente complejas. Materia tentadora como pocas para un espíritu como el suyo.

Al través de su lente consideramos un planisferio. La tierra está dividida en regiones: cada una con las particularidades que le son propias, densidad de población, riqueza minera o agrícola, irrigación, facilidad de comunicaciones, cultura, mentalidad, razas, etc. Todo un sistema de desigualdades en que unas son más y otras son menos. Al ensayar una clasificación en este desorden, Valéry, en buen europeo, que es, nota una anomalía que no deja de extrañarle. ¿Por qué el predominio de Europa sobre el resto de las regiones habitadas de la superficie terrestre? Una superficie reducida, un cabo del Asia, como él lo llama, sin mayor riqueza material, ni una particular calidad del clima, nada que sirva para explicar su preponderancia.

Pone en una balanza figurada de un lado Inglaterra y en el otro la India, y a pesar de la desmesurada diferencia de población, de extensión, de riqueza, en favor de esta última, el platillo que sostiene la metrópoli inclina. Entonces resuelve que el mayor peso debe atribuirse a la superior calidad del hombre. No ahonda en diferencias raciales lo que seguramente impediría a su espíritu eminentemente crítico y sin prejuicios, abstenerse de hacer ninguna relación de valores; pero nos sugiere como constitutiva de la psiche europea y de la cultura particular de este continente una serie de cualidades.

Una cierta actividad ávida, una curiosidad ardiente y desinteresada y una mezcla feliz de imaginación y de rigor lógico, un cierto escepticismo sin pesimismo y un *misticismo sin resignación*.

Para Valéry el europeo, heredero de las culturas que florecieron en la cuenca del mediterráneo, entre las cuales nació la geometría, germen de la ciencia moderna, amó siempre la cultura y el ejercicio del intelecto, con desinterés de asceta. Pero con el correr del tiempo se produjo un fenómeno que él no se explica y que si hubiese querido desentrañar habría constituido una riquísima veta para su diletantismo. La búsqueda desinteresada de la inteligencia occidental, nunca satisfecha, le proporcionó, como por añadidura, brillantes ventajas en el orden material. En el europeo tomó este giro peculiarísimo, del aprovechamiento. Y cuando a la satisfacción de esta necesidad intelectual vino a unirse una mayor riqueza, una mayor comodidad para la vida, o una defensa contra la naturaleza o contra el hombre, el desinterés perdió su rigor, porque no es compatible el placer de la búsqueda con el beneficio del hallazgo. Al contrario, son cosas que en el sentir de un hombre tipo del siglo XX, se complementan admirablemente.

Sólo que para Valéry, y aquí viene a la vez que la observación fina y exacta el punto esencial de su ensayo, por el resultado material de la ciencia el conocimiento que tenía únicamente un valor de consumo pasa a tener principalmente un valor de cambio. Los pueblos y las razas que lo adquieren para su grandeza material dejan de ser inferiores al tipo europeo que creaba el arte y hacía adelantar la ciencia por amor a la belleza y al saber. La balanza, entonces, va a hacer sentir a la Europa ultra culta un cambio progresivo en sentido inverso y la clasificación de las regiones del globo toma el aspecto a que le dan derecho.

la grandeza material bruta, los elementos de la estadística, los números..... población, superficie, materias primas, etc.

Y Valéry, como es natural, no puede impedirse de lamentarlo y considerar el espíritu de tipo europeo en verdadera crisis:

Nous avons étourdiment rendu les forces proportionnelles aux mases.

Es extraño, como en este caso, en que tanta importancia tiene en la dirección de la cultura el desarrollo de las razas, y el de sus características propias para su distribución geográfica, Valéry no haya abordado el problema por dentro, es decir por este lado.

En unas notas aparecidas con posterioridad al ensayo de que nos ocupamos, desarrolla y precisa su idea sobre las características del europeo. Le asigna tres influencias que para él son la determinantes exclusivas de su espíritu. La organización política de Roma, la unidad introducida por el cristianismo y del alma de Grecia.

Las ideas corrientes sobre la materia cegaron un poco la profunda originalidad del poeta. Porque si es exacto que la organización jurídica y política de los romanos informaron por largo tiempo el sentido político occidental, hoy vamos asistiendo cada día con mayor acentuación a un desequilibrio completo de las organizaciones heredadas de los tiempos más remotos. Tenemos conflictos sociales que no se presentaron siquiera como posibles a los romanos.

La segunda influencia asignada por Valéry, es un problema complejo y de los más interesantes que nos salen al paso al echar una mirada de conjunto sobre nuestra civilización. Somos aún bárbaros que viviendo vamos interiormente este hermoso sueño oriental que es el cristianismo; pero el ímpetu germánico lleva y ha comunicado a la vida un sentido inverso al del precepto evangélico. Las primitivas tribus bajadas de los bosques teutones al mediterráneo eran, y sus descendientes han seguido siendo, movidos por un frenesí de acción y vagabundaje. No tenían nada que ver con un credo imaginado por la sangre estática y contemplativa de oriente. La sencillez cristiana y primitiva y la índole germánica fué una amalgama que nunca pegó completamente.

El encanto que necesariamente hubo de tener la civilización antigua sobre aquellas horas primitivas les hizo someterse hasta que se incorporaron las formas del vivir antiguo. La letra, pero nunca el espíritu. El bárbaro una vez incorporado al sistema dió su dirección al adelanto y recibido, la de su sangre, toda orientada hacia la acción y hacia el futuro.

No es un hecho desprovisto de significación el de que la nación en que la doctrina cristiana se acomodara mejor, tuviera una fuerte dosis de sangre extraña a la germana. La España del rena-

cimiento y la posterior no fué tan católica por la sacrosanta voluntad de sus monarcas, sino porque en su pueblo penetró más fácilmente el sentido de esa creencia nacida de una sangre que le era pariente cercana.

La influencia de esta religión venida de oriente fué rica en aportes espirituales. A pueblos movidos por una dinámica puramente física, infundió una inquietud espiritual de la cual hasta hoy día no se han podido deshacer. Y es el punto de más trascendencia en el ayuntamiento cristiano-bárbaro. La fecundación de las razas que debían poblar casi sin competidores el occidente, impulsivas y curiosas, por la riquísima vida interior de oriente.

La gestación fué larga y durante ella se produjeron fenómenos de alta significación para apreciar las reacciones recíprocas de un espíritu sobre otro. La necesidad de movimiento y la «avidez de actividad» escapaban a todo trance al marco férreo del sentir evangélico.

Todo sistema político del imperio romano y la unidad de fe, de moral y de costumbres impuestas por la nueva creencia no bastan para explicar este hecho curioso de un largo período de feudalismo. Pero basta, en cambio, considerar, entre otros antecedentes, éste que ha apuntado de la necesidad activa del germano para ver la lucha como una emanación de ella.

Por otra parte esta fe de una humanidad bondadosa que hacía más fácil el comercio humano, tuvo que contemporizar con el carácter de sus nuevos adeptos, poner buena cara a las revueltas constantes y adaptarse a las circunstancias en que le tocaba actuar.

Se me preguntará. ¿Y para estudiar en el espíritu occidental la dirección especial que ha tomado qué importancia tiene esto? Una decisiva. La crisis del espíritu en el sentido estudiado por Valéry, es decir, la conversión de los dones espirituales en bien aprovechable, resuelto en un mejoramiento de la vida, tiene por antecedente ese frenesí de la acción que no hemos heredado de ninguno de los antecesores que él nos muestra. Fué el prurito de cambio que sólo ha poseído el occidental y que atribuimos a la raza. el que le ha dado un valor de cambio en vez de un mero valor de consumo.

La influencia griega que se dejó sentir por primera vez durante el Renacimiento es, como lo ha hecho notar Spengler, un miraje engañoso. El europeo posterior ha aprovechado la ciencia de los griegos y le ha dado un desarrollo que ellos no habrían podido imaginar; pero para el griego la geometría tenía la inutilidad del arte. La física moderna hubiera sido para él un curioso

juego de fuerzas en que su interés no habría visto otra cosa que una satisfacción puramente intelectual.

En arte hemos tomado de ellos unas cuantas medidas y unas pocas fórmulas; pero el verdadero sentir griego nos es tan ajeno como el de un hindú. Podemos imaginarnos los sentimientos, los gustos, todo lo que constituye el temperamento de un europeo del Siglo XV, pero nos es absolutamente imposible sentir los de un ateniense del siglo de Pericles. Pueblo por excelencia reflexivo, el griego no ha tenido gran cosa que ver con el espíritu que se considera su continuador y seguirá siendo un milagro sin antecedentes que lo expliquen y sin consecuencias de verdadera trascendencia para la cultura europea.

Durante el renacimiento, junto con desenterrar el arte antiguo, el espíritu germánico asomó la cabeza. La gestación había terminado,. Fué entonces cuando comenzó la trasmutación de valores de que habla Valéry. ¿Qué otra cosa si no significan el aprovechamiento del saber que dió origen a los primeros descubrimientos de la época moderna, la imprenta, el péndulo de Galileo, la pólvora, los descubrimientos geográficos, la América, etc.? Conocido es el intento de Leonardo de construir un aparato volador, ¿Qué significación tienen estas formas nuevas que va tomando el saber? Una inquietud de vida, de transformaciones, de evolución, una orientación hacia lo desconocido por el esfuerzo de la voluntad en tensión continua que no conocieron nunca las viejísimas civilizaciones de oriente.

Valéry, aunque sin darle la importancia decisiva que tiene en la transformación material de la vida por medio de la ciencia, nota esta voluntad imperiosa como característica del europeo.

Ya lo hemos visto en el desglose hecho más arriba y al final de su estudio lo corrobora con las siguientes palabras:

Es de notar que el hombre de Europa no se define ni por la raza, ni por la lengua, ni por las costumbres, sino por los deseos y por la amplitud de la voluntad.

Que los demás continentes hayamos visto después la importancia que tiene para nuestro progreso, o más bien dicho, para nuestra evolución, el adelanto científico, es cosa que podía preverse; pero el fenómeno de la devolución a las tierras de mayor peso en números, en un planisferio, de la importancia que había tenido el europeo por su cultura, como bien exclusivamente suyo, se debe al genio de la acción del occidental. Y eso el europeo no lo podía impedir.— J O R G E P I N O C H E T E.